

ALBOINO  
¡Silencio! Cuando  
su mano á demandar te has atrevido,  
que ella estaba ignorante me has jurado  
de tu insensato amor.

RODIMIRO  
Sí, y estoy pronto  
á volverlo á jurar; nunca llegaron  
á sus oídos mis palabras.

ALBOINO  
¿Cómo  
la he visto, pues, el rostro adelantando  
detrás de ese tapiz mientras comíamos,  
y cómo la volvías al soslayo  
sus furtivas miradas?

BRENILDA Y RODIMIRO  
¡Cielos!

ALBOINO  
Todo  
lo penetran mis ojos, insensatos.  
Oye, pues, Rodimiro; yo me avengo  
á perdonarte amor tan temerario,  
mientras es sentimiento que escondido  
hierve en tu corazón; pero si osado  
redujiste á palabra el pensamiento  
para ponerle en sus oídos castos,  
¡te juro por el cielo que nos cubre  
que mueres esta noche!

BRENILDA  
¡Cielos santos,  
¿hay más duelos aún? Señor, yo os juro  
por cuanto respetéis por más sagrado,  
que no me habló jamás.

RODIMIRO  
Rey Alboino,  
tú me conoces bien: yo he peleado  
largo tiempo por ti; sabes mi esfuerzo,  
sabes que mis consejos y mi brazo  
te han servido con honra, y ha bien poco  
la Italia á conquistar te han ayudado;  
pues bien: yo me he creído con derecho  
para aspirar á galardón tamaño.  
La he visto, la he amado; he acudido  
la guardaba, imaginando

que quien era el segundo de su reino  
merecerla podría.

ALBOINO  
Te ha engañado  
tu orgullo, Rodimiro, y veo ahora  
que, tu lombardo brío amancillando,  
has aprendido á hacer largos discursos  
en la lengua servil de los romanos.  
En Hungría pidieron siempre tierras,  
castillos ó riquezas, los soldados  
en premio de valor, mas no mujeres.  
Y si pensaste alucinarme acaso  
con largas peroratas en la lengua  
de la vencida Italia, esfuerzos vanos  
para lucir tu ciencia de hoy excúsame,  
porque á mí esos discursos estudiados  
y esas floridas frases, ni me mueven  
jamás ni me convencen, al contrario,  
me provocan á risa, porque creo  
que donde hay mucha lengua hay pocas  
[manos,  
y porque tengo oídos para húngaros,  
mas para perros de la Italia, látigos.

RODIMIRO  
Castiga, pues, con ellos á tus perros,  
mas no amagues con ellos á lombardos  
como yo.

ALBOINO  
¿Como tú? Me inspiras lástima  
y desprecio no más. ¿Méritos altos  
recuerdas de valor? Ya lo has perdido.  
Si en otros tiempos junto á mí has lidiado,  
hoy bajo el cielo de la torpe Italia  
envilecido te has: lo están mostrando  
los perfumados rizos de tu crencha,  
tu esmerado vestir, tu afeminado  
porte, en fin, tu afición á los placeres  
y el amor, de quien cedes al halago.  
Mas la mujer sobre la cual tus ojos  
te atreviste á poner, á más bizarro  
y fuerte corazón está ofrecida:  
porque tal cual la ves, es noble tallo  
de una rama arraigada en regio tronco  
y con sangre Real fecundizado.

RODIMIRO  
Yo nunca pregunté para adorarla

qué sangre la dió el ser, ni cuáles trajo  
títulos á tu casa: la vi en ella,  
y me bastó encontrarla en tu palacio  
para tenerla en mucho; ni es justicia  
que por vivir su origen ignorando,  
en tu casa me insultes.

ALBOINO  
Rodimiro,  
basta de arengas ya: tú has provocado  
mi lengua, y la solté: si te ha ofendido,  
súfrelo; tu Rey soy, tú mi vasallo:  
y cuanto á ella, que comprendas basta  
que para tuya no nació. Bebamos.

RODIMIRO  
Entonces, dame de tornar á Hungría  
licencia.

ALBOINO  
No haces falta en mis Estados:  
cuando te plazca, vuélvete.

ROSMUNDA  
Alboino,  
considera, señor, que largos años  
te sirvió con honor; que fué tu amigo,  
y si osó contrariarte, sabrá manso  
olvidar ese amor.

RODIMIRO  
Nunca.  
ALBOINO  
Rosmunda,  
¿tú también (lo sospecho) te has pagado  
de su hermosura juvenil? ¿Que parta,  
por no volverle á ver sientes acaso?

ROSMUNDA  
¡Alboino!

ALBOINO  
Rosmunda, te conozco;  
mas con ventajas tus traiciones pago,  
y por muchas que me hagas, ya te llevo  
una bien extremada de adelante.  
Mas ¿qué digo? perdona las bravatas  
de unos celos imbéciles. Bebamos.  
Toma, Bucilio; Rodimiro, toma,

y necias disensiones apartando  
tú aquí en mi copa de marfil, Rosmunda,  
conmigo beberás. Ya sabes que hago  
de esta copa alta estima, y que con ella  
concluyo siempre mi festín diario,  
y en la corte, en la caza en la campaña,  
siempre me sirvo de ella.

ROSMUNDA  
Lo he notado.

ALBOINO  
Hondo misterio en su labrada taza  
consignó mi poder, y ha tiempo largo  
que mis labios no más llegan á ella.  
De mi injusto rigor en desagravio,  
hoy te la ofrezco; bebe, pues, Rosmunda,  
que con tu padre bebes.

ROSMUNDA  
¿Eh? No alcanzo  
lo que me dices. ¿Con mi padre bebo?

ALBOINO  
Con su memoria, sí. De un sorbo acábalo.

ROSMUNDA  
Sea.

ALBOINO  
Así trato á los que mucho estimo.

ROSMUNDA  
Gracias.

ALBOINO  
¡Ja, ja, ja, ja! Señores, vámonos.  
(Alboino vase, llevando por delante á Brenilda, y si-  
guiéndole Bucilio. Rosmunda y Rodimiro quedan cada  
uno á un lado de la escena.)

#### ESCENA IV

ROSMUNDA Y RODIMIRO

ROSMUNDA  
Esa risa feroz..... me ha estremecido....  
Sí, ¡alguno encierra pavoroso arcano  
que no comprendo bien! Siempre la suelta  
al complacerse en algún mal.

RODIMIRO  
Salgamos  
de este palacio, en que el vapor se aspira  
del crimen.

ROSMUNDA  
Mas ¿quién osa.....

RODIMIRO  
Ya me aparto;  
perdonad.....

ROSMUNDA  
Rodimiro....., ¿aquí qué esperas?

RODIMIRO  
No espero; parto; ¡adiós!

ROSMUNDA  
Tente: ¿los pasos  
del Rey no sigues?

RODIMIRO  
No: para mis plantas  
se abre el camino por opuesto lado.  
«No haces falta», me ha dicho, conque na-  
me resta ya que hacer en su palacio. [da

ROSMUNDA  
Palabras que á un amigo se le dicen  
tal vez en un colérico arrebató,  
mas que se olvidan luego.

RODIMIRO  
En mi memoria  
quedarán indelebles, y en el campo  
volvérse las espero en algún día  
con la misma arrogancia.

ROSMUNDA  
¿Conque tanto  
amas á esa mujer, que por negártela  
le aborreces así?

RODIMIRO  
Sí, la idolatro.  
Por la esperanza de lograrla un día,  
me uní á Alboino, combatí á su lado,  
le ayudé en sus tiránicas conquistas,

testigo de sus crímenes infandos; [ga  
mas hoy que me la niega, hoy que se apa-  
mi esperanza, el ambiente emponzoñado  
no quiero respirar con que él respira,  
y en verme su enemigo me complazco.  
Voy de la suya á dividir mi gente  
y á partir de Verona; pero aguardo  
volver dentro de poco á su presencia  
á pedir con las armas en la mano  
lo que tal vez á mis servicios debe.  
Y ¡ay de él entonces!

ROSMUNDA  
Cálmate, ¡oh gallardo  
capitán!

RODIMIRO  
¡Ah! ¿Cálmame cuando pierdo  
en sólo un punto cuanto espero y amo?

ROSMUNDA  
Pues esperas en balde; esa doncella,  
nacida en regia cuna, y al cuidado  
de Alboino encargada por su padre,  
sólo se debe unir en puro lazo  
con quien ciña corona y cetro empuñe,  
cual conviene á su origen soberano.

RODIMIRO  
Pues bien, hablad: ¿Cuál es? ¿Quién es su  
[padre?  
¿Dónde tiene su imperio? ¿En qué aparta-  
[do  
rincón del mundo reina? Iré á buscarle,  
y ambas rodillas á sus pies doblando,  
le pediré á Brenilda.

ROSMUNDA  
Y Rey no siendo,  
¿con qué derecho pedirás?

RODIMIRO  
Soldados  
tengo y tierras, soy noble, y atrevido,  
y avezado á la guerra; el mundo es ancho,  
y nunca un sitio en donde alzar un trono  
me ha de faltar, si con el trono pago.

ROSMUNDA  
¡Oh, y lo mereces!

RODIMIRO  
¡Ah! ¿Vos de mi parte.....

ROSMUNDA  
¡No, por mi vida, no: te has engañado!  
¿Yo de tu parte en tu amor ciego? Nunca:  
primero el corazón me harán pedazos.

RODIMIRO  
No acierto á comprender.....

ROSMUNDA  
Pues ¿no lo oíste?  
«¿Y tú también, Rosmunda, te has pagado  
de su hermosura juvenil? ¿Que parta  
por no volverle á ver sientes acaso?»  
El mismo te lo dijo, él, Alboino.....  
Pues bien; dijeron la verdad sus labios.  
No partirás; delante de mis ojos  
quiero tenerte siempre, porque te.....

RODIMIRO  
Harto  
habéis dicho, señora; y si la mente  
con pensamiento tal habéis manchado,  
y el torpe corazón con tal deseo,  
la lengua no manchéis, ciega explicándolo.  
Ea, partir dejadme; me avergüenza.....

ROSMUNDA  
¡Qué infeliz!

RODIMIRO  
El haberos escuchado.

ROSMUNDA  
¿Y el haberme entendido?

RODIMIRO  
Sí, Rosmunda.

ROSMUNDA  
Pues es secreto que vender no trato  
sino á precio subido, y pues lo sabes,  
piensa que fuerza te será pagármelo,  
porque al pasar de pensamiento á dicho,  
fuerza es cumplirle ó sepultura darlo.

RODIMIRO  
Las amenazas y el amor desprecio  
de quien no sea Brenilda.

ROSMUNDA  
¡Mentecato!  
Brenilda, como tú víctima mía,  
en mi poder está.....; mas concluyamos.  
Yo el desamor á perdonar me avengo,  
pero el desprecio no; y pues ocultarlo  
no supe de Alboin, desde hoy á todo  
por ti me atrevo y por tu amor lo abarco,  
y en punto tal, el mundo pondrá inútiles,  
á mi venganza ó á mi amor obstáculos.  
Mujeres como yo no se desprecian  
en vano, Rodimiro; y si yo cambio  
los nombres de los dos cuando esta escena  
revele, y este amor en que me abraso  
te lo atribuyo á ti, burla, desprecio  
de Brenilda serás, del vulgo escarnio,  
objeto de la saña de Alboino,  
y su víctima luego en el cadalso.  
Todo de un solo golpe te lo quito,  
toda de un soplo tu esperanza apago.

RODIMIRO  
¡Basta, infernal mujer! Digna te miro  
de tu Real esposo; á un amor casto,  
¿cómo puede ayudar quien parte el lecho  
con un monstruo como él?

ROSMUNDA  
Mas de sus manos  
puedo arrancarte yo, ó ponerte en ellas  
para morir; y piénsalo despacio,  
que yo te necesito amante ó muerto,  
y si no cedas al amor, te mato.

RODIMIRO  
Moriremos los dos.

ROSMUNDA  
¿Tú me amenazas?

RODIMIRO  
Sí; fías en ti misma demasiado,  
y esperas de Alboino lo que juzgo  
que ya no lograrás.

ROSMUNDA  
¿Piensas acaso  
que quien me debe la corona.....

RODIMIRO  
Pienso  
que hay dos hombres en él, distintos am-  
el marido y el Rey; y éste, del trono [bos:  
que le usurpó á tu padre asegurado,  
cuando pueda saldrá de ti el marido  
que bebe en esa copa.

ROSMUNDA  
Habla más claro.  
¿Qué me quieres decir? ¿Tú en esa copa  
conoces el misterio consignado?

RODIMIRO  
Sí; y no esperé arrojarle de mi pecho  
en tu cámara misma revelándolo;  
pero ya que me dices «ama ó muere»,  
oye, Rosmunda, y tiembla contemplando  
qué es lo que puedes esperar del hombre  
con quien casada estás.... Mas ve si acaso  
pueden de sus oídos al alcance  
mis palabras salir.

ROSMUNDA  
(Cierra las puertas.)  
Di, confiado,  
pero sé breve.

RODIMIRO  
Escucha, pues: tú sabes  
que al casarse Alboín contigo, sólo  
fué por asegurar con tal enlace  
la usurpación tirana de este reino  
que á tu padre quitó.

ROSMUNDA  
Sí; mas ¿no sabes  
que yo para mi amor ganarle supe  
y que me amó después?

RODIMIRO  
Sí; mas es fácil  
que ignores tú que amaba á Clotosinda  
también, y al meditar que, desposándote,  
tu trono aseguraba, en unas hierbas  
la dió la muerte.

ROSMUNDA  
Sí; pero no sabes  
que hasta el amor que profesó á los hijos  
de Clotosinda, al mío en homenaje  
rindió, y al buen Comundo á ruegos míos  
perdonó, y aun logré que le amparase  
en vez de perseguirle, y á la sombra  
de su amparo vivió.

RODIMIRO  
Sí; mas no sabes  
la muerte de tu padre el rey Comundo.

ROSMUNDA  
Sí, la supe después: el miserable,  
no pudiendo sufrir verse vencido,  
expiró en Lombardía.... Mas ¿cuál trae  
todo eso relación con el misterio?

RODIMIRO  
¡Ah! ¡Me das compasión! Inmenso te abre  
un abismo á los pies ese Alboino,  
de quien esperas que te atienda en balde,  
y en vano juzgas conocer, en vano  
fías en tu poder un solo instante.

ROSMUNDA  
La corona me debe, y todavía,  
como en esos balcones me asomase  
gritando: «¡Guerra!», como tigres vieras  
levantarse en mi nombre mil parciales.

RODIMIRO  
Llámalos, pues, y si saldrán veremos  
de las sangrientas urnas en que yacen.

ROSMUNDA  
Te lo juro en verdad, ¡pobre mancebo!  
me haces reír queriendo amedrentarme.  
Siempre ha de ver en mí la que amó un  
[día.

RODIMIRO  
La que víctima fué de sus maldades.

ROSMUNDA  
¿Víctima?.... Tú deliras.

RODIMIRO  
Tú, Rosmunda,

sí que deliras, tú: siempre callarte  
quise por compasión este misterio,  
mas pues tú misma le provocas, sábele:  
no tienes un amigo, sus cabezas  
rodaron una á una, y execrable  
venganza de tu padre al fin tomando,  
él mismo le mató.

ROSMUNDA  
¡Mientes!  
RODIMIRO  
Su sangre  
dió á sus caballos á beber; y mira:  
¿ves esa copa que precioso engarce  
de oro circunda?

ROSMUNDA  
Sí.  
RODIMIRO  
De ella se sirve  
desde tu misma boda; á todas partes  
la lleva.

ROSMUNDA  
Sí; concluye.  
RODIMIRO  
Y ¿no has oído,  
Rosmunda, las palabras infernales  
con que te la brindó? «Bebe, Rosmunda,  
que con tu padre bebes.» Pues bien, sabe  
lo que aquellas palabras significan,  
y tu esperanza de una vez acabe:  
esa ancha copa que marfil parece  
no es más que el hueco cráneo de un ca-  
[dáver.

ROSMUNDA  
¡Qué horror!

RODIMIRO  
¿No has comprendido todavía  
cuyo es, Rosmunda?

ROSMUNDA  
No.  
RODIMIRO  
Fué de tu padre....

ROSMUNDA  
¡Ah!  
(Un momento de pausa)  
RODIMIRO  
Piensa qué esperar debes ahora.

ROSMUNDA  
Una cosa no más.  
RODIMIRO  
¿Cuál es?  
ROSMUNDA  
Vengarme.

RODIMIRO  
Es tarde ya.  
ROSMUNDA  
No, no; déjame sola,  
déjame pensar; y si salvarte  
quieres, y quieres á Brenilda, aparta  
á ese aposento hasta que yo te llame.  
RODIMIRO  
Vana ilusión; es tarde.  
ROSMUNDA  
Rodimiro,  
mientras vive Rosmunda, nunca es tarde.

